

PO 2165

.24

56



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LOS PARIENTES POBRES

EL PRIMO PONS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Un despojo glorioso del Imperio

A eso de las tres de la tarde de un día del mes de octubre del año 1844, un hombre de unos sesenta años, pero que representaba más, iba á lo largo del bulevar de los Italianos, con la cabeza levantada y los labios sonrientes, cual negociante que acaba de hacer un buen negocio, ó como un soltero contento de sí mismo después de una cita amorosa. Esta actitud es en París la que mejor denota la satisfacción personal en el hombre. Al ver de lejos á aquel anciano, las personas que suelen estar allí á diario sentadas en las sillas, entregadas al placer de analizar á los transeuntes, dejaban aparecer en su rostro esa sonrisa propia de los parisienses, sonrisa que dice tantas cosas irónicas, burlonas ó compasivas, pero que para animar la cara de un natural de París hastiado de todos los espectáculos posibles, es preciso alguna extraña curiosidad. Una palabra hará comprender el valor arqueológico de aquel buen hombre y la razón de aquella sonrisa que se repetía como un eco en todos los labios. En cierta ocasión le preguntaron á Jacinto, actor célebre por

sus salidas, dónde se encargaba los sombreros que tanta risa causaban al público, y él respondió:

—No me los encargo, los guardo.

Pues bien, entre el millón de actores que componen la gran compañía de París, existen Jacintos sin saberlo, que guardan en sus personas todas las ridiculeces de una época y que se os aparecen como la personificación de toda una vida para arrancaros un movimiento de alegría, cuando os paseáis devorando alguna pena amarga causada por la traición de algún ex amigo.

Conservando en algunos detalles de su indumentaria una fidelidad á las modas del año 1806, aquel transeunte recordaba el Imperio, sin que resultase una caricatura del tipo de la época. Para los observadores, aquella fidelidad contribuye á aumentar el valor de esta clase de vocaciones. Pero aquel conjunto de pequeñeces exigía la atención analítica de que están dotados los inteligentes en callejeo; y, para excitar la risa á distancia, el transeunte debía ofrecer alguna de esas enormidades que saltan á la vista, como suele decirse, y que son buscadas por los actores para asegurar el éxito de sus salidas á escena. Aquel anciano, seco y delgado, llevaba un *spencer* (1) color avellana, sobre una levita verde con botones de metal blanco. Ya comprenderéis fácilmente que en 1844 un hombre con *spencer* es algo así como si Napoleón se hubiese dignado resucitar por dos horas.

Como su nombre indica, fué inventado por un lord envenecido, sin duda, de su hermoso talle. Antes de la paz de Amiens, este inglés había resuelto el problema de cubrir el busto sin abrumar el cuerpo con el peso de ese espantoso carrik que cubre hoy los hombros de los cocheros viejos; pero como los talles delgados escasean, la moda del *spencer*, no obstante ser invención inglesa, sólo tuvo en Francia un éxito pasajero. Al ver el *spencer*, las gentes de cuarenta á cincuenta años se imaginaban á aquel señor con medias botas y calzón de casimir, y se veían vestidos con el traje que habían usado en su juventud. Los ancianos recordaban la época de sus conquistas, y respecto á los jóvenes, se preguntaban por qué le habían cortado los faldones á la levita de aquel anciano. Todo armonizaba tan bien con aquel *spencer*, que no hubieseis titubeado en llamar á aquel transeunte un hombre-Imperio,

(1) *Spencer* es una prenda inglesa, algo así como una levita sin faldones.

como se dice hoy un mueble-Imperio. Pero hemos de advertir que no simbolizaba el Imperio más que para aquellos que han conocido aquella magnífica y grandiosa época. El Imperio está ya tan lejos de nosotros, que la mayor parte de la gente sólo puede figurárselo en su calidad galo-greca.

El sombrero echado hacia atrás dejaba al descubierto casi toda la frente, con esa especie de aire calavera con que los paisanos intentaron entonces responder al de los militares. Por otra parte, era un sombrero de seda de á catorce francos, en cuyos bordes interiores dejaban impresas relucientes huellas unas orejas grandes y anchas, huellas que eran combatidas en vano por el cepillo. El tejido de la seda, mal aplicado, como siempre, sobre el cartón de la forma, se arrugaba en algunos lugares, y parecía estar atacado de la lepra, á despecho de la mano que lo cuidaba todas las mañanas.

Bajo este sombrero, que parecía próximo á caer, se veía una de esas caras ridículas y picarescas, como las que sólo saben inventar los chinos para sus mascarones. Aquella cara grande, perforada como una espumadera cuyos agujeros producían sombras, desmentía todas las leyes de la anatomía. La mirada no descubría en ella armazón ósea. Allí donde el dibujo exigía huesos, la carne ofrecía bultos gelatinosos, y allí donde las caras presentan ordinariamente huecos, aquélla presentaba contorneados bultos. En aquel rostro grotesco en forma de calabaza y entristecido por unos ojos grises provistos de dos líneas rojas en lugar de pestañas, imperaba una nariz á lo don Quijote, cual domina una llanura un bloc errático. Como debió haberlo notado Cervantes, esta nariz denota una disposición nativa á esa abnegación por las grandes cosas, que degenera en chasco. Aquella fealdad, con tendencias á lo cómico, no excitaba, sin embargo, la risa. La excesiva melancolía que denotaban los ojos pálidos de aquel pobre hombre, le paraban los pies al burlón y detenía la burla en sus labios inmediatamente. Se imaginaba uno que la naturaleza le había vedado á aquel hombre el amar, so pena de hacer reír á una mujer ó de afigirla, y sabido es que el francés enmudece ante esta desgracia, que le parece la más cruel de todas las desgracias: ¡no poder agradar!

Aquel hombre tan desheredado por la naturaleza, iba vestido como lo están los pobres bien educados á quien los ricos intentan frecuentemente parecerse. Llevaba unos za-

patos cubiertos con unas polainas semejantes á las de la guardia imperial y que sin duda le permitían mudarse los calcetines de tarde en tarde. Su pantalón de paño negro ofrecía reflejos rojizos, y lo mismo su hechura que sus arrugas, demostraban que llevaban ya lo menos tres años de uso. La holgura de esta prenda disimulaba bastante mal una delgadez que provenía más bien de la constitución que de un régimen pitagórico, pues el buen hombre, dotado de una boca sensual y labios belfos, mostraba al sonreirse unos dientes blancos dignos de un tiburón. Un chaleco de paño negro también, pero forrado de un chaleco blanco bajo el cual brillaba en tercera línea el borde de un chaleco de punto rojo, traía á la memoria los cinco chalecos de Garat. Una enorme corbata de muselina blanca cuyo pretencioso nudo había sido tal vez ideado por algún elegante para encantar á las *encantadoras mujeres* de 1809, sobresalía tanto de la barba, que la cara parecía sepultada como en un abismo. Un cordón de seda cruzaba la camisa y protegía el reloj de un improbable robo. La levita verde, sumamente limpia, contaba unos tres años más que el pantalón; pero la esclavina de terciopelo negro y los botones de metal blanco recientemente renovados daban una idea de cuidados domésticos llevados hasta la exageración.

Aquella manera de llevar el sombrero echado hacia atrás, el triple chaleco, la inmensa corbata que servía de abismo á la barba, las polainas, los botones de metal de la levita verde, todos aquellos vestigios de las modas imperiales estaban en armonía con los perfumes atrasados de la coquetería de los Increíbles, y con un no sé qué de incorrecto y de seco en el conjunto, que trascendía á la escuela de David y que recordaba los frágiles muebles de Jacob. Por lo demás, se reconocía á primera vista en el transeunte al hombre bien educado presa de algún vicio oculto, ó á uno de esos pequeños rentistas cuyos gastos están tan minuciosamente determinados á causa de lo exiguo de sus rentas, que la rotura de un cristal ó de una prenda de vestir, ó la peste filantrópica de una suscripción para una desgracia, suprimen sus placeres por espacio de un mes. Si hubieseis estado allí, os hubierais preguntado por qué la sonrisa animaba aquella cara grotesca, cuya expresión habitual debía ser triste y fría, como la de todos los que luchan obscuramente para cubrir las triviales necesidades de la existencia; pero observando la

precaución maternal con que aquel singular anciano llevaba en la mano derecha un objeto evidentemente precioso bajo los faldones de su levita á fin de garantizarlo de los choques imprevistos, y al ver, sobre todo, el aire apresurado que emplean los ociosos encargados de hacer algún recado, hubieseis sospechado que había encontrado alguna cosa equivalente al perrito de una marquesa, y que se lo llevaba triunfalmente con la galantería propia de un hombre-Imperio á la mujer encantadora de sesenta años que no ha sabido renunciar aún á la visita periódica de su *atento*. París es la única ciudad del mundo donde encontraréis semejantes espectáculos, que convierten sus bulevares en una continua pieza teatral representada gratis para los franceses en provecho del arte.

CAPITULO II

El final de un primer premio en Roma

Por el corte de este hombre huesoso, y á pesar de su atrevido *spencer*, difícilmente lo hubieseis clasificado entre los artistas parisienses, los cuales, al igual que el pilluelo de París, suelen tener el privilegio de despertar en las imaginaciones del pueblo la jovialidad más franca. Y sin embargo, aquel transeunte había obtenido un primer premio, era el autor de la primera cantata premiada en el Instituto cuando el restablecimiento de la Academia de Roma; era, en fin, don Silvio Pons, autor de célebres romanzas arrulladas por nuestras madres, de dos ó tres óperas representadas en 1815 y 1816, y de algunas otras partituras inéditas. Aquel digno hombre acababa siendo director de orquesta de un teatro de los bulevares. Gracias á su figura, era profesor de algunos colegios de señoritas y no tenía más rentas que su sueldo y sus lecciones. ¡Dar lecciones á aquella edad!... ¡Cuántos misterios en aquella situación poco novelesca!

Este último *porta-spencer*, además de ser uno de los símbolos del Imperio, llevaba una gran enseñanza escrita en sus tres chalecos y era uno de los numerosos víctimas del sistema fatal y funesto llamado concurso, que reina aún hoy en Francia después de cien años de práctica sin resultados.

Esta prensa de las inteligencias fué inventada por Poison de Marigny, hermano de la señora de Pompadour, nombrado director de Bellas Artes en 1746. Ahora bien, procurad contar con los dedos las gentes de genio que dió este sistema en un siglo. En primer término, hemos de hacer constar aquí que jamás ningún efecto administrativo ó escolar podía reemplazar á los milagros de la casualidad, que es á lo que se debe muchos de los grandes hombres. De todos los misterios de la generación, este es el más inaccesible para nuestro ambicioso análisis moderno. Por otra parte ¿qué pensaríais de los egipcios, que inventaron, al parecer, hornos para hacer brotar pollos, si no hubiesen cebado inmediatamente á éstos? Pues así se obra en Francia, nación que procura producir artistas en el invernáculo del concurso y una vez que obtiene por este procedimiento mecánico un escultor ó un pintor, un grabador ó un músico, se preocupa de ellos como el petimetre de las flores que ha llevado la vispera en su ojal. Resulta de aquí, que los hombres de talento son Greutzer ó Vateau, Feliciano David ó Pagnest, Gericault ó Decamps, Auber ó David de Angers, Eugenio Delacroix ó Messonnier, gentes que no han aspirado nunca á los primeros premios y que han brotado espontáneamente bajo los rayos de ese sol invisible llamado vocación.

Enviado por el Estado á Roma para llegar á ser un gran músico, Silvio Pons adquirió allí afición á las antigüedades y á los objetos de arte, y se hizo inteligente en todos estos trabajos, obras maestras de la mano y del pensamiento. En su consecuencia, este hijo de Euterpe volvió á París en 1810, convertido en un coleccionista feroz y cargado de cuadros, de estatuitas, de marcos, de esculturas de marfil y de madera, de esmaltes, porcelana, etc., todo lo cual, con los gastos de adquisición y de transporte, había absorbido, durante su permanencia en Roma, la mayor parte de su herencia paterna; había empleado del mismo modo la herencia de su madre durante el viaje que hizo á Italia, después de aquellos tres años oficiales pasados en Roma, pues había querido visitar holgadamente Venecia, Milán, Florencia, Bolonia y Nápoles, permaneciendo en cada una de estas villas como filósofo, como soñador, con la despreocupación del artista que cuenta con su talento para vivir, como cuentan las hijas del placer con su belleza. Pons fué tan feliz durante aquel espléndido viaje, como podía serlo un hombre lleno de alma

y de delicadeza, que tenía prohibido el acceso á las mujeres y que siempre encontraba las cosas de la vida muy por debajo del tipo ideal que él se había creado; bien es verdad que había tomado una decisión acerca de este desacuerdo entre el sonido de su alma y las realidades. Este sentimiento de lo bello, conservado puro y vivo en su corazón, fué sin duda el principio de las melodías ingeniosas, finas y llenas de gracia que le valieron una reputación, de 1810 á 1814. Toda reputación que se funda en Francia en la boga, en la moda y en las locuras efímeras de París, produce un Pons. No hay país que sea tan severo con las grandes cosas y tan desdeñosamente indulgente con las pequeñas. Ahogado á poco por las olas de la armonía alemana y por las producciones de Rossini, si Pons fué aún en 1824 un músico agradable conocido por algunas de sus últimas romanzas, juzgad lo que podría ser en 1831. Asimismo, en 1844, año en que comenzó el único drama de aquella vida obscura, Silvio Pons no tenía más valor que si fuese una corchea antidiuviana, y los editores de música ignoraban por completo su existencia, no obstante hubiese hecho á precios regulares la música de algunas piezas de su teatro y de los teatros vecinos.

Por lo demás, aquel buen hombre hacía justicia á los famosos maestros de nuestra época, y la buena ejecución de algún trozo de música escogido le hacía llorar. El genio de la admiración y de la comprensión, única facultad que convierte á un hombre ordinario en hermano de un gran poeta, es tan raro en París, donde las ideas se parecen á los viajantes que pasan por una hostería, que se debe conceder á Pons una respetuosa estimación. El hecho del fracaso de este buen hombre podrá parecer exorbitante; pero él mismo confesaba sencillamente sus pocos conocimientos de armonía; había olvidado el estudio del contrapunto, y la instrumentación moderna, agrandada con exceso, le pareció inabordable en el momento en que con nuevos estudios hubiera podido mantenerse á la altura de los compositores modernos y llegar á ser, si no un Rossini, al menos un Herold. En fin, á falta de gloria, halló en los placeres del coleccionista compensaciones tan vivas, que si le hubieran dado á escoger entre la posesión de sus curiosidades y el nombre de Rossini, ¿quién lo diría? Pons hubiera optado por su querido gabinete. El anciano músico practicaba el axioma de

Chenovard, sabio coleccionista de grabados que pretendía que no se podía gozar contemplando en Ruisdoel, un Hobbein, un Holbein, un Rafael, un Murillo, un Grentzer, un Sebastián del Piombo, un Giorgione ó un Alberto Durer, hasta tanto que no se ha adquirido el cuadro por cincuenta francos. Pons no admitía que se pudiesen hacer adquisiciones por más de cien francos, y entendía que para el que pagaba por un objeto cincuenta, éste objeto debía valer tres mil. La cosa más hermosa del mundo que costase trescientos francos no existía ya para él. Raras habían sido las ocasiones; pero poseía los tres elementos del éxito: las piernas del ciervo, el tiempo del callejero y la paciencia del israelita.

Este sistema practicado durante cuarenta años, lo mismo en Roma que en París, había dado sus frutos. Después de haber gastado unos dos mil francos anuales desde su vuelta de Roma, Pons ocultaba á todas las miradas una colección de obras maestras de todas clases, cuyo catálogo alcanzaba el fabuloso número de 1,907 objetos. Desde 1811 á 1816, durante sus carreras á través de París, había encontrado por diez francos lo que vale hoy mil ó mil doscientos: cuadros escogidos entre los cuarenta y cinco mil que se exponen al año en las ventas parisienses, porcelanas de Sevres compradas á los auverneses, esos satélites de la Banda Negra que traían en carretas las maravillas de la Francia Pompadour. En fin, que había reunido los despojos de los siglos xvii y xviii, haciendo justicia á las gentes de talento y de genio de la escuela francesa, á esos grandes desconocidos, los Lepautre, los Lavallo-Pousin, etc., que han creado el género Luis XV y el género Luis XVI, y cuyas obras burlan hoy las pretendidas invenciones de nuestros artistas. Pons debía muchas de sus obras á cambios. El placer de comprar antigüedades ocupa el segundo término, porque el primero pertenece al gusto de hacer cambios. Pons empezó coleccionando tabaqueras y miniaturas, y como no era conocido entre los anticuarios porque no frecuentaba periódicamente los puestos de venta, Pons ignoraba el verdadero valor de su tesoro.

El difunto Dusomerard había intentado entrar en relaciones con el músico; pero el príncipe de las antigüedades murió sin haber podido penetrar en el museo Pons, único que puede ser comparado con la célebre colección Sauvageot. Entre Pons y el señor Sauvageot había algunas semejanzas.

El señor Sauvageot, músico como Pons, y sin gran fortuna, como él, había procedido también de la misma manera, por los mismos medios, con el mismo amor al arte y con el mismo odio contra esos ilustres ricos que se crean un gabinete para hacer una hábil competencia á los tratantes en antigüedades. Al igual que su rival, su émulo, su antagonista en todas esas obras de mano, en todos esos prodigios del trabajo, Pons sentía en su corazón por aquellas cosas una avaricia insaciable, el amor del amante por una querida hermosa, y la *reventa* en la sala de la calle de los Ayunadores le parecía un crimen de lesa antigüedad. Poseía su museo para gozar de él á todas horas, pues las almas creadas para admirar las grandes obras, tienen la facultad sublime de los verdaderos amantes, sienten tanto placer hoy como ayer y no se cansan nunca, pues afortunadamente las obras maestras son siempre nuevas. De modo que el objeto que llevaba con tanto cuidado debía de ser alguno de esos hallazgos que se llevan á casa ¡con qué placer! En fin, aficionados, ya lo sabéis.

Al percibir los primeros contornos de esta silueta biográfica, todo el mundo va á exclamar:

—He ahí al hombre más feliz de la tierra, á pesar de su fealdad.

En efecto, ningún aburrimiento, ningún esplín resiste al moxa que se le aplica al alma cuando se adquiere una manía. Vosotros todos los que no podéis beber ya en lo que se ha llamado en todo tiempo la *copa del placer*, haceos coleccionistas de cualquier cosa (hay quien colecciona anuncios) y volveréis á hallar partículas de dicha. Una manía es el placer llegado al estado de idea. Sin embargo, no envidiéis al buen Pons, porque este sentimiento descansaría en un error.

Aquel hombre lleno de delicadeza y cuya alma vivía para ser admiradora infatigable de la magnificencia del trabajo humano, era esclavo de uno de los siete pecados capitales que debe castigar Dios menos severamente. Pons era glotón. Su escasa fortuna y su pasión por las antigüedades, le imponían un régimen dietético que causaba tal horror á su gástrico, que el solterón había empezado por zanjar la cuestión yéndose á comer todos los días fuera de casa. Ahora bien, bajo el Imperio se rindió más culto que en nuestros días á las gentes célebres, tal vez á causa de su escaso número y de sus pocas pretensiones políticas. ¡Costaba tan poco llegar

á ser escritor, poeta ó músico! Pons, considerado como el rival probable de los Vicals, de los Páez y de los Berton, recibió entonces tantas invitaciones, que se vió obligado á escribirlas en su dietario, como anotan los abogados sus causas. Por otra parte, obrando como artista, ofrecía ejemplares de sus romanzas á todos sus anfitriones. Tocaba el piano en casa de ellos, les llevaba palcos para Feideau, teatro en el cual trabajaba, organizaba conciertos y hasta tocaba á veces el violín en casa de sus padres, improvisando algún baile. Los hombres más guapos de Francia alternaban en aquella época con los más guapos de la colección; la fealdad de Pons se llamó, pues, *originalidad*, según la gran ley promulgada por Moliere en la famosa estrofa de Eliante. Cuando había hecho algún favor á alguna hermosa dama, Pons se oyó llamar á veces hombre encantador; pero su dicha no pasó nunca de aquí.

Durante aquel período de unos seis años próximamente, ó sea desde 1810 á 1816, Pons contrajo la funesta costumbre de comer bien, pues las personas que le invitaban le daban espléndidos banquetes acompañados de los mejores vinos, postres, café, licores, y trato como el que se recibía bajo el Imperio, época en que había muchas cosas que imitaban los esplendores de los reyes, de las reinas y de los príncipes. Entonces se jugaba mucho al juego de los reyes, como se juega hoy al del Congreso, creando una multitud de sociedades con presidentes, vicepresidentes y secretarios; sociedad minera, vinícola, sericícola, agrícola, de la industria, etc. ¡Se ha llegado hasta buscar llagas sociales para constituir en sociedad á los curanderos!

Un estómago que ha recibido esta educación influye necesariamente sobre la parte moral y la corrompe á causa de la elevada *sapienzia* culinaria que adquiere. La voluptuosidad, acurrucada en todos los pliegues del corazón, le habla como soberana, abre brecha en la voluntad y en el honor, y quiere á toda costa su satisfacción. Jamás se han descrito las exigencias de la gula, las cuales se libran de la crítica literaria por la necesidad de vivir; pero no es posible figurarse el número de gente que se ha arruinado por la mesa. Cuando de invitado perpetuo, llegó Pons, á causa de su decadencia como artista, al estado de lameplatos, le fué imposible pasar de aquellas mesas tan bien servidas al pisto lacedemonio de una fonda de á dos pesetas. ¡Ay de mí! sintió escalo-

fríos al pensar que su independencia exigía tan grandes sacrificios, y se sintió capaz de las mayores cobardías para continuar viviendo bien saboreando los primores de ricos platos bien servidos. Pájaro merodeador que huía una vez harto y gorjeaba un aire en pago del bien recibido, Pons sentía, por otra parte, cierto placer en vivir bien á expensas de una sociedad que le exigía muy pocos sacrificios. Como todos los solterones que sienten horror por su casa, y que viven en casa de los demás, acostumbrado Pons á esas fórmulas y á esas muecas sociales que reemplazan en el mundo los sentimientos, pagaba los favores con cumplidos.

Esta fase bastante soportable duró diez años, pero ¡qué años! Aquello fué un continuo otoño pluvioso. Durante esta época, Pons logró tener mesa gratis, haciéndose necesario en todas las casas que frecuentaba, y entrando en la senda fatal de desempeñar encargos, reemplazando á los porteros y á los criados en muchas y muchas ocasiones. Comisionado para hacer muchas compras, pasó á ser el espía honrado é inocente, enviado por una familia á casa de otra; pero nadie le tomó á mal tantas cobardías, pues todo el mundo decía:

—Pons es un muchacho que no sabe qué hacer y que se considera feliz corriendo para nosotros... ¿Qué sería de él?

Mas no tardó en sentir en torno suyo la frialdad que rodea á los ancianos, frialdad que se comunica y que produce sus efectos sobre la parte moral, sobre todo cuando el anciano es feo y pobre. ¿No equivale esto á ser tres veces anciano?

De 1836 á 1843, Pons se vió rara vez invitado. Lejos de buscar al parásito, cada familia lo aceptaba como un impuesto, sin tenerle en cuenta nada, ni aun sus servicios reales. Las familias en medio de las cuales realizaba el buen hombre sus evoluciones, no sentían respeto por las artes, adoraban únicamente los resultados, y no apreciaban más que lo que habían conquistado desde 1830: fortunas ó posiciones sociales eminentes. Ahora bien, como Pons no tenía elevación de espíritu ni maneras para imprimir el temor que el talento ó el genio causan á la clase media, había acabado naturalmente por convertirse en menos que nada, sin verse, no obstante, completamente despreciado. Aunque experimentase en este mundo vivos sufrimientos, se callaba como todas las gentes tímidas. Por otra parte, se había acostumbrado gradualmente á comprimir sus sentimientos y á hacer de su co-

razón un santuario que le servía de retiro. Muchas gentes superficiales traducen este fenómeno por la palabra egoísmo. La semejanza entre el solitario y el egoísta es bastante grande para que las malas lenguas pareciesen tener razón, contra el hombre de corazón, sobre todo en París, donde nadie en el mundo observa, donde todo es rápido como el rayo y donde todo pasa como un ministerio.

El primo Pons sucumbió, pues, ante un acto de acusación pronunciado contra él, pues el mundo acaba siempre por condenar á aquellos á quienes se acusa. ¿Sabe nadie lo mucho que anonada á las gentes tímidas una acusación inmerecida? ¿Quién describirá nunca las torturas de la timidez? Esta situación que se agravaba de día en día, explicaba la tristeza impresa en la cara de aquel pobre músico que vivía de infames capitulaciones. Pero las cobardías que exige toda pasión son otros tantos lazos que nos unen á ella; cuanto más pide la pasión, más apego se la tiene, pues forma, con todos los sacrificios, una especie de ideal tesoro negativo, donde el hombre ve inmensas riquezas. Después de haber recibido la mirada insolentemente protectora de algún burgués rico en necesidades, Pons saboreaba, como una venganza, el vaso de vino de Oporto, diciéndose para sus adentros:

—No me resulta muy caro.

Para un moralista, encerraba, sin embargo, esta vida circunstancias atenuantes. En efecto, el hombre no existe si no siente alguna satisfacción. Un hombre sin pasiones, el justo perfecto, es un monstruo, un semi-ángel que no tiene aún alas. En la mitología católica, los ángeles no tienen más que cabeza. En la tierra, el justo es el enojoso Grandisón, para quien la Venus carecía de sexo. Ahora bien, excepto las raras y vulgares aventuras de su viaje á Italia, Pons no había visto nunca á ninguna mujer sonreírle. Muchos hombres tienen este fatal destino. Pons había nacido monstruo; su padre y su madre lo habían tenido en su vejez, y él llevaba los estigmas de aquel nacimiento extemporáneo en su tez cadavérica, que parecía haber sido contraída en el frasco de espíritu de vino donde los hombres de ciencia conservan ciertos fetos extraordinarios. Aquel artista, dotado de un alma tierna, soñadora y delicada, obligado á aceptar el carácter que le imponía su cara, desesperó de ser nunca amado. El celibato fué, pues, en él más bien una necesidad que un gusto. La glotonería, pecado de los monjes virtuo-

sos, le tendió los brazos, y él se precipitó en ellos como se había precipitado en la adoración por las obras de arte y en su culto por la música. La buena mesa y las antiguéddades sustituyeron á la mujer, y no hablamos nada de la música, porque era su profesión, y no hay hombre á quien le guste la profesión de que vive, pues á la larga ocurre con la profesión como con el matrimonio: sólo llega uno á sentir sus inconvenientes.

Brillat-Savarín ha justificado por sistema los gustos de los gastrónomos; pero tal vez no ha insistido bastante en el placer real que el hombre encuentra en la mesa. La digestión, al emplear las fuerzas humanas, produce un combate interior que en los gastrólatras equivale á los mayores goces del amor. Se siente tan vasto desarrollo de la capacidad vital, que el cerebro se anula en favor del segundo cerebro colocado en el diafragma, y la embriaguez se apodera de uno por la inercia misma de todas las facultades. Las boas hartas después de comerse un toro, quedan tan ebrias que se dejan matar. Después de los cuarenta años, ¿qué hombre se atreve á trabajar después de comer?... Esta es una de las causas que contribuyen á que todos los grandes hombres hayan sido sobrios. Los convalecientes de una enfermedad grave á quienes se mide escrupulosamente un alimento escogido, han podido observar frecuentemente la especie de embriaguez gástrica causada por un solo alón de pollo. El juicioso Pons, cuyos goces todos estaban concentrados en el estómago, se hallaba á veces en la situación de los convalecientes: le pedía á la mesa todas las sensaciones que ésta puede dar, y hasta entonces siempre las había obtenido. Nadie se atreve á abandonar una costumbre. Muchos suicidas se han detenido en el umbral de la muerte ante el recuerdo del café adonde iban á jugar todas las noches su partida de dominó.

CAPÍTULO III

Los dos rompenueces

En 1835, la casualidad vengó á Pons de la indiferencia del bello sexo, y le dió lo que se llama, en estilo familiar, un báculo para la vejez. Este anciano, encontró de momento en

la amistad un sostén para su vida, contrajo el único matrimonio que le permitió hacer la sociedad, se casó con un hombre, un anciano, un músico como él. Sin la divina fábula de La Fontaine, este diseño hubiese tenido por título LOS DOS AMIGOS. Pero ¿no hubiese sido esto una especie de atentado literario, una profanación ante la cual todo verdadero escritor reculará? La obra maestra de nuestro fabulista, que es á la vez confidencia de su alma y la historia de sus sueños, debe tener el privilegio eterno de ese título. Aquella página, en el frontis de la cual el poeta ha grabado estas tres palabras: LOS DOS AMIGOS, es una de esas propiedades sagradas, un templo donde cada generación entrará respetuosamente y que el universo visitará mientras exista la tipografía.

El amigo de Pons era un profesor de piano, cuya vida y costumbres simpatizaban tan bien con las suyas, que decía que lo había conocido demasiado tarde por desgracia suya, pues su trato, engendrado en el reparto de premios de un colegio, sólo databa del año 1834. Tal vez no hubo jamás dos almas tan semejantes en el océano humano, que mandó en el paraíso terrestre contra la voluntad de Dios. Aquellos dos amigos llegaron á ser en poco tiempo una necesidad el uno para el otro, pues al cabo de ocho días, tras recíprocas confidencias, fueron como dos hermanos. Smuke no creía que pudiera existir un Pons, como Pons no sospechaba que existiese un Smuke. Esto bastaría ya para describir á estos dos buenos sujetos; pero no todas las inteligencias son aficionadas á las brevedades de la síntesis, y por consiguiente se hace aquí necesaria una ligera demostración para los crédulos.

Este pianista, como todos los pianistas, era un alemán alemán como el gran Listz y el gran Mendelssohn, alemán como Steibelt, alemán como Mozart y Duseck, alemán como Meyer, alemán como Dœlher, alemán como Thalberg, alemán como Dreschok, como Hiller, como Leopoldo Meyer, como Crammer, como Zimmerman y Kalkbrenner, como Hertz, Woëtz, Kar, Wolff, Pixis, Clara Wieck, y particularmente todos los alemanes. Era tan contrario su carácter á la audacia necesaria al hombre de genio para distinguirse en música, que aunque era un gran compositor, Smuke no podía ser más que ejecutante. La sencillez de muchos alemanes no es continua, ha cesado: y la que les ha quedado

cierta edad, es tomada del manantial de su juventud, y se sirven de ella para fertilizar sus éxitos en todo, en ciencia, en arte ó en dinero, apartando de ellos la desconfianza. En Francia, algunas gentes astutas reemplazan esta sencillez alemana por la estupidez del abacero parisiense. Pero Smuke conservaba toda su sencillez de niño, como conservaba Pons sin sospecharlo las reliquias del Imperio. Aquel verdadero noble alemán era á la vez el espectáculo y los espectadores, ejecutaba música para él solo, habitaba en París como habita un ruiseñor en su bosque y cantaba solo hacia veinte años, hasta el momento en que encontró en París á otro yo mismo. (Véase *Una hija de Eva*.)

Lo mismo Pons que Smuke, tenían en el corazón y en el carácter gran abundancia de esas puerilidades de sentimentalismo que distinguen á los alemanes, como la pasión por las flores y la adoración por los efectos naturales, que les lleva á plantar tiestos en sus jardines, para ver en pequeño el paisaje que tienen en grande ante sus ojos; como esa predisposición á las investigaciones, que lleva á un sabio alemán á andar cien leguas para encontrar una verdad, como esa necesidad de atribuir gran atención á las insignificancias de la creación, la cual produjo las inexplicables obras de Juan Pablo Richter, y las embriagueces impresas de Hoffman. Católicos ambos, iban á misa juntos y cumplían sus deberes religiosos como niños que no tuviesen que decir nunca nada á sus confesores. Creían firmemente que la música, la lengua del cielo, era á las ideas y á los sentimientos lo que las ideas y los sentimientos son á la palabra, y conversaban largo y tendido acerca de esta materia, respondiéndose uno á otro con orgías de música, para demostrarse á sí propios sus propias convicciones, á la manera de los amantes. Smuke era tan distraído como Pons atento. Si Pons era coleccionista, Smuke era soñador, y si éste estudiaba la belleza moral, aquél entendía la belleza material. Pons veía y compraba una taza de porcelana, mientras Smuke se saciaba pensando en algún motivo de Rossini, de Bellini, de Beethoven ó de Mozart, y buscando en el mundo de los sentimientos el lugar donde podía encontrarse el origen ó la réplica de aquella frase musical. Smuke, cuyas economías eran administradas por la distracción, y Pons, pródigo á causa de sus aficiones, obtenían los mismos resultados, esto es, cero en su bolsillo á fin de año.

Sin aquella amistad, Pons tal vez hubiese sucumbido á sus penas; pero tan pronto como tuvo un corazón donde descargar el suyo, la vida se le hizo soportable. La primera vez que exhaló sus penas en el corazón de Smuke, el buen alemán le aconsejó que viviese como él, de pan y de queso, y en su casa mejor que ir á buscar habitaciones que tan caras le salían. ¡Ay de mí! Pons no se atrevió á confesar á Smuke que su corazón y su estómago eran enemigos, que el estómago se conformaba haciendo sufrir al corazón, y que él necesitaba á toda costa una buena comida, como necesita el hombre galante una hermosa querida á quien mimar. Con el tiempo, Smuke acabó por comprender á Pons (pues era demasiado alemán para obtener la rapidez de observación de que gozan los franceses), y no por eso le quiso menos. Nunca se fortifica tanto la amistad entre dos amigos, como cuando el uno se cree superior al otro. Un ángel no hubiera tenido nada que decir al ver á Smuke en el momento en que éste se frotó las manos después de haber descubierto la intensidad de la glotonería de su amigo. En efecto, el día siguiente, el buen alemán fué á buscar mil golosinas para almorzar, y tuvo el cuidado de repetirlo todos los días, pues desde que se habían reunido almorzaban todos los días juntos en su casa.

Sería preciso no conocer París para imaginarse que los dos amigos pudieran librarse de la burla parisiense, que jamás ha respetado nada. Al reunir sus riquezas y sus miserias, Smuke y Pons habían tenido la económica idea de vivir juntos, y pagaban por partes iguales el alquiler de una habitación desigualmente repartida y situada en una tranquila casa de la tranquila calle de Normandía. Como salían á veces juntos y recorrían juntos los mismos paseos, los callejeros del barrio les habían apodado *los dos rompenueces*. Este mote nos evita el trabajo de hacer el retrato de Smuke, que era á Pons lo que la nodriza de Niobe es á la Venus de la tribuna.

La señora Cibot era el eje sobre el cual descansaba el hogar de aquellos dos solterones; pero desempeñó tan gran papel en el drama presente, que conviene reservar su retrato para el momento de su entrada en escena.

Lo que resta decir acerca de la parte moral de estos dos seres, es precisamente lo que comprenderán con más dificultad el noventa y nueve por ciento de los lectores del

año 47 del siglo XIX, y digo difícilmente, á causa precisamente del prodigioso desarrollo financiero producido por el establecimiento de los caminos de hierro. Esto es poca cosa y es mucho. En efecto, se trata de dar una idea de la excesiva delicadeza de aquellos dos corazones. Pidamos prestada una imagen á los rieles, aunque sólo sea como reembolso de las demandas que ellos nos hacen. Hoy los vagones, al correr sobre los rieles, pulverizan imperceptibles granos de arena. Introducid ese grano de arena, invisible para los viajeros, en sus riñones, y sentirán los dolores de la enfermedad más espantosa, el mal de piedra, del que hay para morir. Pues bien, lo que es el grano de arena para nuestra sociedad lanzada por su vía férrea, con la que motiva rapidez, grano de arena que no le causa ningún estorbo, viene á ser una piedra para los dos seres á quienes nos referimos. Excesivamente sensibles para los dolores ajenos, ambos lloraban y lamentaban su impotencia, y para sus propias sensaciones, estaban dotados de una sensibilidad de sensitiva, que llegaba hasta la enfermedad. La vejez, los espectáculos continuos del drama parisiense, nada había logrado endurecer aquellas dos almas frescas, infantiles y puras. Cuanto más envejecían aquellos dos seres, mayores eran sus sufrimientos íntimos. ¡Ay de mí! Lo mismo les ocurre á las naturalezas castas, á los pensadores tranquilos y á los verdaderos poetas, que no han sido víctimas de ningún exceso.

Desde la reunión de aquellos dos ancianos, sus ocupaciones, casi semejantes, habían tomado ese aspecto paternal que distingue en París á los caballos de alquiler.

De pie á las siete de la mañana, lo mismo en verano que en invierno, después de almorzar, se iban á dar sus lecciones á los colegios, donde se suplían en caso de necesidad. A eso del mediodía, Pons se iba á su teatro cuando había ensayo, y los demás instantes de libertad los dedicaba al callejeo. Por la noche, los dos amigos se encontraban en el teatro, donde Pons había colocado á Smuke. He aquí cómo.

En el momento en que Pons encontró á Smuke, acababa de obtener, sin haberlo pedido, la vara de mariscal de los compositores desconocidos, una batuta de jefe de orquesta. Gracias al conde Popinot, ministro á la sazón, esta plaza fué estipulada para el pobre músico en el momento en que aquel héroe burgués de la revolución de julio, hizo dar un

privilegio de teatro á uno de esos amigos que hacen enrojecer á un advenedizo, cuando yendo en coche ve á pie por París á un antiguo compañero de la infancia, triste, sin ropa y venteando fugitivos capitales. Este amigo, llamado Gaudissard, antiguo viajante de comercio, había sido antaño muy útil para el éxito de la gran casa Popinot; pero éste, que llegó á ser conde y par de Francia, después de haber sido ministro dos veces, no renegó nunca del *ilustre Gaudissard*. Es más, quiso poner al viajante en posición de renovar su ajuar y de rellenar su bolsa, pues la política y las vanidades de la corte no habían dañado el corazón de aquel antiguo droguero. Gaudissard, loco siempre por las mujeres, pidió el privilegio de un teatro que acababa de quebrar, y el ministro, al dárselo, cuidó de enviarle algunos viejos aficionados al bello sexo, bastante ricos para crear una poderosa comandita amorosa. Pons, parásito del palacio Popinot, fué una condición del privilegio. La compañía Gaudissard, que hizo fortuna, tuvo intención, en 1834, de realizar la gran idea de una ópera para el pueblo. La música de los bailes y de las piezas de magia exigían un jefe de orquesta regular, y que fuese al menos un tanto compositor. La administración que ocupaba el teatro antes de la compañía Gaudissard había quebrado hacía ya tiempo para que conservase un copista. Pons introdujo, pues, á Smuke en el teatro en calidad de empresario de copias, oficio obscuro que exige serios conocimientos musicales. Por consejo de Pons, Smuke se entendió con el encargado de este servicio en la ópera cómica, y se libró, por lo tanto, de los trabajos mecánicos. La asociación de Smuke y de Pons produjo un resultado maravilloso. Smuke, muy conocedor, como todos los alemanes, de la armonía, se ocupó de la instrumentación en las partituras, cuyo canto fué hecho por Pons. Cuando los inteligentes admiraron algunas composiciones, que sirvieron de acompañamiento á dos ó tres piezas de grande éxito, se las explicaron con la palabra *progreso*, sin preguntar quiénes eran los autores. Pons y Smuke se eclipsaron en la gloria, como ciertas personas se ahogan en su bañera. En París, sobre todo en 1830, nadie medra sin deshacer, *quibuscumque viis*, á una espantosa masa de competidores, para lo cual se necesita demasiada fuerza en los riñones, y los dos amigos sufrieron el mal de piedra en el corazón, que impide todos los impulsos ambiciosos.

Ordinariamente, Pons se iba á la orquesta de su teatro á eso de las ocho, hora en que se dan las piecitas cuyas oberturas y acompañamientos exigen las tiranías de la batuta. Esta tolerancia existe en la mayor parte de los teatritos; pero Pons estaba en este punto tanto más á sus anchas, cuanto que empleaba un gran desinterés en sus relaciones con la administración. Por otra parte, Smuke suplía á Pons en caso de necesidad. Con el tiempo, la posición de Smuke en la orquesta se había consolidado. Sin decir nada, el *ilustre Gaudissard* había reconocido el valor y la utilidad del colaborador de Pons. Había habido necesidad de introducir en la orquesta un piano para los grandes teatros. El piano, tocado gratis por Smuke, quedó colocado al lado del pupitre del director de orquesta, donde se colocaba el supernumerario voluntario. Cuando aquel buen alemán sin ambiciones ni pretensiones hubo sido conocido, fué aceptado por todos los músicos. La empresa, mediante una módica retribución, encargó á Smuke de los instrumentos que no figuran en los teatros de bulevar y que son á veces necesarios, como el piano, el violón, el violoncelo, el arpa, las castañuelas, los hierrillos y las invenciones de Sax, etc., etc. Si los alemanes no saben tocar los grandes instrumentos de la libertad, saben tocar naturalmente todos los instrumentos musicales.

Los dos ancianos artistas, muy queridos en el teatro, vivían en él como filósofos. Se habían puesto sobre los ojos una venda para no ver nunca los males inherentes á una compañía cuando ésta cuenta con un cuerpo de baile, que es una de las combinaciones más horribles que han podido ser creadas para tormento de los directores, de los actores y de los músicos. Un gran respeto por parte de sí mismo y de los demás había valido al bueno y modesto Pons la estimación general. Por otra parte, en toda esfera una vida límpida y una honradez sin tacha imponen una especie de admiración á los corazones más perversos. En París una hermosa virtud tiene el mismo éxito de un diamante grande, de una curiosidad rara. Ningún autor, ni actor, ni bailarina, por descarrada que hubiera sido, se hubiera permitido la menor duda contra Pons ó contra su amigo. Pons iba á veces al *foyer*, pero Smuke no conocía más que el camino subterráneo que conducía del exterior del teatro á la orquesta. En los entreactos, cuando asistía á alguna representación, el buen anciano alemán interrogaba á veces acerca de los personajes

excéntricos que suelen ocupar siempre las delanteras, al primer flauta, joven nacido en Strasburgo, de una familia alemana de Kelh. Poco á poco, la imaginación infantil de Smuke, cuya educación social llevó á cabo aquel flauta, admitió la existencia fabulosa de la entretenida, la posibilidad de los matrimonios por detrás de la iglesia, y el tráfico carnal de las modistillas. Las inocencias del vicio le parecieron á aquel digno hombre la última palabra de las depravaciones babilónicas. Las gentes hábiles deben comprender que Pons y Smuke eran explotados; pero lo que perdieron en dinero lo ganaron en consideración y en buenos tratos.

Después del éxito de un baile que dió principio á la rápida fortuna de la compañía Gaudissard, los directores regalaron á Pons un grupo de plata atribuido á Benvenuto Cellini, cuyo espantoso coste había sido objeto de una conversación en el *foyer*. Se trataba de mil doscientos francos. El pobre hombre quiso rehusar aquel regalo, y á Gaudissard le costó bastante trabajo hacérselo aceptar.

—¡Ah! si pudiéramos encontrar actores como este—dijo el ex viajante á su asociado.

Aquella doble vida, tan tranquila en apariencia, estaba turbada únicamente por el vicio que dominaba á Pons, por aquella feroz necesidad de comer fuera de casa. Siempre que Smuke se hallaba en casa cuando Pons se vestía, el buen alemán deploraba aquella funesta costumbre, y exclamaba á veces:

—¡Si al menos eso *le engogdase!*

Smuke buscaba el medio de curar á su amigo de aquel vicio degradante, pues los amigos verdaderos gozan, en el orden moral, de la perfección de que está dotado el olfato de los perros: olfatean las penas de sus amigos, adivinan sus causas y se preocupan de ellas.

Pons, que llevaba siempre en el dedo meñique de la mano derecha un anillo de diamantes, tolerado cuando el Imperio y ridículo entonces; Pons, que era mucho más trovador y excesivamente francés, no ofrecía en su fisonomía la serenidad divina que atemperaba la espantosa fealdad de Smuke. El alemán había conocido, por la expresión melancólica de la cara de su amigo, las dificultades crecientes que le ofrecía aquella vida de parásito. En efecto, en octubre de 1844, el número de casas donde comía Pons había disminuído mucho, como era natural. El pobre director de orquesta, redu-

cido á recorrer el círculo de la familia, había dado demasiada extensión á la significación de la palabra familia, como se va á ver.

El antiguo premiado era primo hermano de la primera mujer del señor Camusot, rico almacenista de sedas de la calle de los Bourdonnais. Dicha primera mujer era una señorita Pons, única heredera de uno de los famosos Pons hermanos, bordadores de la corte, casa donde los padres del músico habían sido comanditarios, después de haberla fundado antes de la revolución de 1789, y que había sido comprada por el señor Rivet en 1815, al padre de la primera señora de Camusot. Éste, retirado de los negocios hacía diez años, era en 1844 miembro del Consejo general de manufacturas, diputado, etc. Desde su parentesco con Camusot, Pons se consideró primo de los hijos que tuvo el comerciante en sedas de su segundo matrimonio, á pesar de que no fuesen nada para él, ni aun aliados.

Siendo la segunda señora Camusot una señorita Cardot, Pons se introdujo á título de pariente de los Camusot en la numerosa familia de los Cardot, segunda tribu burguesa que por sus alianzas formaba toda una sociedad no menos poderosa que la de los Camusot. Cardot el notario, hermano de la segunda señora de Camusot, se había casado con una señorita Chifreville. La célebre familia de los Chifreville, reina de los productos químicos, estaba emparentada con muchos drogueros al por mayor, de los cuales era el más importante don Anselmo Popinot, el cual ya saben nuestros lectores que se lanzó de lleno á la política dinástica cuando la revolución de julio. Con esto, Pons frecuentaba la casa de los Camusot, de los Cardot y de los Chifreville, y de aquí se iba á la de los Popinot; pero siempre en calidad de primo de los primos.

Este simple relato de las últimas relaciones del anciano músico, hará comprender cómo en 1844 podía aún ser recibido familiarmente: primero, en casa del señor conde de Popinot, par de Francia y ex ministro de Agricultura y de Comercio; segundo, en casa del señor Cardot, ex notario, alcalde y diputado por un distrito de París; tercero, en casa del anciano señor Camusot, diputado, miembro del Consejo municipal de París y del Consejo general de manufacturas y próximo á ser par de Francia; y cuarto, en casa del señor Camusot de Marville, hijo del primer matrimonio y por lo tanto, único pariente real de Pons.

Este Camusot, que, para distinguirse de su padre y de su hermano consanguíneo, había añadido á su nombre el de la tierra de Marville, era Presidente de cámara de la audiencia de París en 1844.

Como el antiguo notario Cardot hubiese casado á su hija con su sucesor, llamado Bertier, Pons supo conservar esta comida.

He aquí el firmamento que constituía la familia de Pons y en el cual tan penosamente había conservado éste su derecho al tenedor.

De todas estas casas, aquella en que el artista debía ser mejor acogido, la casa del presidente Camusot, resultaba ser el objeto preferente de sus cuidados. Pero ¡ay de mí! la presidenta, hija del difunto señor Thirion, ujier del gabinete de los reyes Luis XVIII y Carlos X, nunca había tratado bien al primo segundo de su marido. Pons había perdido el tiempo procurando halagar á aquella terrible parienta, pues después de haber dado lecciones gratuitamente á la señorita Camusot, le había sido imposible hacer una música de aquella muchacha. Ahora bien, Pons, con el objeto precioso en la mano, se dirigía en aquel momento á casa de su primo el presidente, que le parecía ser las Tullerías, tanto influjo ejercían sobre su alma las solemnes alfombras verdes, los tapices y los muebles serios de aquella habitación, que parecía ser mansión de la más severa magistratura. ¡Cosa extraña! Pons se sentía feliz en el palacio Popinot, situado en la calle Basse-du-Rempart, sin duda á causa de los objetos de arte que allí había; pues el antiguo ministro, desde su advenimiento político, había contraído la manía de coleccionar cosas hermosas, sin duda para hacer oposición á los políticos que sólo coleccionan en secreto acciones feas.

CAPÍTULO IV

Uno de los mayores goces de los coleccionistas

El presidente Marville vivía en la calle de Hanovre, en una casa comprada hacía diez años por la presidenta, después de la muerte de sus padres, los señores Thirion, que el dejaron unos ciento cincuenta mil francos de economías.

Esta casa, de aspecto bastante sombrío por la parte de la calle, ó sea por la fachada expuesta al norte, goza de la exposición al mediodía por la parte del patio, que es continuado por un hermoso jardín. El magistrado ocupa todo el primer piso, que había sido ocupado por uno de los hacendistas más poderosos del tiempo de Luis XV. Como el segundo piso estuviese ya alquilado á una anciana y rica señora, aquella casa ofrece un aspecto tranquilo y honrado, que trasciende á magistratura. Los restos de la magnífica tierra de Marville, en cuya adquisición había empleado el magistrado sus economías de veinte años, así como la herencia de su madre, se compone del castillo, espléndido monumento, como los hay aún en Normandía, y de una buena quinta de doce mil francos. Un parque de cien hectáreas rodea el castillo. Este lujo regio hoy le cuesta un millar de escudos al presidente, de suerte que la tierra no le da en total más que nueve mil francos. Estos nueve mil francos y su sueldo procuraban entonces al presidente una fortuna de unos veinte mil francos de renta, suficiente en apariencia, sobre todo esperando la mitad que debía cobrar de la herencia de su padre; pero la vida de París y las conveniencias de su posición habían obligado á los señores de Marville á gastar la casi totalidad de sus rentas, tanto, que hasta 1834 estuvieron casi siempre apurados.

Este inventario explica el por qué la señorita de Marville, joven de veintitrés años, no se había casado aún, á pesar de sus cien mil francos de dote y del cebo de sus esperanzas, hábil y frecuentemente presentado, aunque en vano. Hacía cinco años que el primo Pons escuchaba las quejas de la presidenta, que veía casados á todos los sustitutos y padres ya á todos los jueces de entrada, después de haber hecho brillar inútilmente las esperanzas de la señorita Marville á los ojos poco encantados del joven vizconde Popinot, hijo primogénito del rey de la droguería.

Al llegar á la calle de Choiseul, y á punto de entrar en la de Hanovre, Pons sintió esa inexplicable emoción que atormenta á las conciencias puras, infligiéndole los suplicios que sufre el mayor de los bandidos al ver á un gendarme, emoción que le fué causada únicamente por la incertidumbre de saber cómo le recibiría la presidenta. Aquel grano de arena que le desgarraba las fibras del corazón no había llegado á redondearse nunca, sino que, por el contrario, sus ángulos